

(Traducción)

Sierre (CH), 4 de agosto de 1983¹

Nada menos que un amor heroico

(...)

Hoy deseo seguir hablándoos del amor, y concretamente del amor al prójimo.

¿Como tiene que ser este amor para que sea conforme a lo que Jesús exige de nosotros?

Lo sabemos: un amor que tiene como medida la muerte; estar dispuestos a morir por los demás, por cada prójimo.

Por lo tanto, nada menos que un amor heroico. Ésta es la caridad: «...como yo os he amado», dice Jesús.

Y es precisamente en un amor así, concebido y vivido de esta manera, donde los miembros del Movimiento de los Focolares encontramos el camino para santificarnos en nuestra vida; por tanto, es nuestro modo típico de hacer de esa un Santo Viaje.

Amar al prójimo así, redundando en beneficio de toda nuestra vida espiritual, vivida según la espiritualidad de la unidad. Y éste es el descubrimiento que he hecho en estos días, en los que me he esforzado por vivir así yo también, descubrimiento que quisiera comunicaros.

Como sabéis, una espiritualidad es una forma de vivir el cristianismo, es una vida. Y una vida tiene miles de aspectos.

En nuestra espiritualidad, sin embargo, consideramos, generalmente, unos diez aspectos, que nos parecen resumirlos todos.

Y son: Dios Amor, la voluntad de Dios, el amor al prójimo, el amor recíproco, Jesús en medio y la unidad, Jesús Abandonado, la Palabra de Dios, María, la Iglesia, el Espíritu Santo.

Pues bien, en estos días he comprendido que el amor al prójimo es el mejor modo de concretar todos los demás aspectos de nuestra espiritualidad.

Amándome así al prójimo, vivo verdaderamente el Ideal, Dios Amor, porque de esta forma soy también yo, de alguna manera, «amor».

Amándome al prójimo así, cumplo su voluntad, que para mí está centrada precisamente, y antes que nada, en esto. La única base sobre la cual puedo construir cualquier otra cosa es la caridad hacia los hermanos, sin la cual nada tiene valor.

Actuando así me concentro precisamente en el tercer punto de mi espiritualidad, que es amar al prójimo.

Amándome así, pongo todo de mi parte para realizar el amor recíproco.

Amándome así, hago todo lo que está en mi mano para poner Jesús en medio y realizar la unidad.

Amándome al prójimo de esta forma amo verdaderamente a Jesús Abandonado, porque sólo Él es la medida de mi amor.

Si amo al prójimo así, tarde o temprano surgirá en mí el deseo de tener presente y valorar la Palabra de Vida, porque cada una de ellas sirve al amor, es amor, y me explica las múltiples facetas del amor.

Amándome así, vivo verdaderamente como otra María, porque su vida es recorrer el camino del amor, la «Via Mariae», como nosotros la hemos llamado. Y al igual que Ella, que no pensaba más que en amar, pongo en práctica las virtudes implícitas en la caridad: la paciencia, la misericordia, la obediencia,

¹ (*La vita, un viaggio*, Città Nuova, Roma 1984, pag. 115)

la pobreza, porque doy y me doy, la mortificación, porque pienso en otras cosas y no en mí misma, y así sucesivamente.

Amo de esta manera vivo la Iglesia y por la Iglesia, porque contribuyo a edificarla con la unidad y porque, por la Comunión de los Santos, ayudo a los demás en sus dificultades.

Amo así, honro verdaderamente al Espíritu Santo, porque le obedezco en el típico carisma que me ha dado.

Amemos por tanto. El hermano, los hermanos, son nuestra gran ocasión. No desperdiciemos ni una sola durante el día.

Amemos a los que habitualmente encontramos, porque los tenemos físicamente a nuestro lado. Amemos a los que quizás escapan a nuestra mirada: a aquellos, por ejemplo, de quienes hablamos o se habla, a los que recordamos o por los que rezamos; a aquellos de los que sabemos alguna noticia por el periódico o por la televisión, a quienes nos escriben o a los que escribimos; a todos aquellos a los que va destinado el trabajo que nos ocupa día tras día...

Amemos a los vivos y a los que ya no están sobre la tierra.

Amemos a los hermanos, individual y colectivamente: amemos, por tanto, y respetemos profundamente a cada pueblo.

Amemos a todos con amor heroico. No menos.

Y veremos los efectos excepcionales: ¡de luz y de alegría! Y con el amor, su Reino estará en nosotros, estará entre nosotros.

(...)

Chiara Lubich